

sume en cualquiera de sus templos de Atenea, en el Erecteion, en todos los frontones animados que legó a la posteridad; Roma, el imperio de la fortaleza—jerarquía del poder—hasta en las mismas construcciones civiles puramente utilitarias, como el acueducto de Segovia.

Aquí quiero hacer un alto para destacar el caso excepcional de un monumento arquitectónico español, símbolo nacional, síntesis del espíritu hispano y concreción de una época que perdurará insensiblemente en las generaciones, por su fuerza ineludible de madurez en todos los órdenes. Me refiero a El Escorial, traza escueta en el más severo escenario que pudiera idear para su mejor obra el más famoso de los arquitectos. Se ha dicho que la Arquitectura es como el Estado en las Artes, tal vez porque a ella sirven las otras, o porque su presencia se impone en virtud de un principio unitario, según me parece entender en Wölfflin cuando este atribuye a cualquier conjunto arquitectónico categoría de perfecta unidad. Y esto ocurre en la gris tumba de la sierra madrileña, que yo estimo realidad tangible de la idea inspiradora hispánica de los tiempos. Allí tenéis la individualidad de las torres y la unidad de la cúpula; el sencillo ser de las fachadas laterales, y la robustez castrense del Patio de los Reyes, presidido por las colosales estatuas salidas de un canto—lo cual, aunque no sea cierto, es leyenda expresiva de una suficiencia que enorgullece al escultor y a la piedra—; el serio aposento para rezar y gobernar; la nave; las bibliotecas—muerte y ciencia de la mano—; allí está en fin, como en un puño, recogido y apretado, el arte del que ha dicho el gran maestro Menéndez y Pelayo que es el más colectivo y el más

